

Verano



de Luis Loyola Cano

Ema: Stella Galazzi

Diseño de iluminación: Ricardo Sica

Diseño de escenografía y vestuario: Lau Polet

Coreografía: Lorena Ballestrero

Coach vocal: Ana Sánchez

Realización de vestuario: María Graciela Saldaña

Banda sonora: Luis Loyola Cano

Operación de sonido: Fausto José Perna

Operación de luces: Diego Becker

Fotografía: María Horton

Piezas gráficas: Agustina Ferreyra

Prensa y difusión: Carolina Alfonso

Asistencia de dirección: Fausto José Perna

Dramaturgia y dirección: Luis Loyola Cano

Dedicada a Stella Galazzi

Una mujer sentada en la orilla, perdida en sus recuerdos, con apariencia tranquila. Se mueve de manera cotidiana, con algo de inocencia. Está muy concentrada en sí misma, en sus acciones anónimas y mundanas.

Vemos el cielo por la mañana.

Antes.

Mi cuarto de dormir, así lo llamaba abuela Galia.

(Mi abuela se llamaba Galia.)

En tiempos de abuela Galia, cuando ella vivía, llamaban cuarto de dormir a lo que fue depósito de escobas, baldes, cosas que no se usan y después mi habitación.

La ventana daba a la playa.

A mitad de camino entre mi casa y la playa, me imaginaba tendido el cuerpo de King Kong.

(Tendido, esa palabra.)

Me lo imaginaba.

Volante en la vía pública

King Kong. King Kong.
“La Octava Maravilla”
KING – KONG
todos los días
18.30, 20.30 Y 22.30hs.
LURO Y ESPAÑA
mar del plata, la primera ciudad
turística del mundo que recibe
a la octava maravilla
KING – KONG
“EN VIVO”
la monumental
alianza de
la técnica
y la ternura
LOCALIDADES DESDE \$ 4.000.-

No cualquiera sabe que King Kong estuvo en Argentina. Lo anunciaron, fuimos a verlo de la mano con abuela Galia.

Resulta que King Kong podía pestañear, abrir la boca y mover las orejas. Me hicieron sentar en la rodilla y los pelos me picaban. Era grande, era aterrador. Y quedé embelesada.

(Embelesada, esa palabra.)

Fantaseaba mucho con la bestia King Kong. Le escribía poemas, lo imaginaba.

Estar con alguien era mi fantasía. Estar con alguien.

Dormida en la ventana, en el borde de la ventana que abuela Galia llama finestra.

(Esa palabra, finestra.)

Cuando me quedo dormida en la ventana en casa piensan que no estoy, que me fui. Abuela no me deja dormir en la ventana. No, porque tengo que limpiar y acomodar algo siempre. ¡Y más, cuando llega la familia de capital!

Me quedo dormida imaginando, imaginando a King Kong acostado en la playa. Recostado en la playa. Yo, Ema. Emita y King Kong. Estar con alguien sí, es mi fantasía.

Ema se inclina sobre sus cuadernos, los hojea.

Encuentra anotaciones.

Mi diario. Lunes 8 de enero.

Después del desayuno se levantó viento. Limpio y hago las camas. Plancho y lloro con la telenovela. ¡Qué ganas de inventar esto y aquello...!

Abuela Galia. (*Otra voz.*) “A ver, Ema.” Dice. Ema soy yo. (*Otra voz.*) “Leeme algo de tu poema.” Dice abuela. Me dice que le lea mi poema. ¿Mi poema? Contesto. Mi poema no está terminado, abuela. (*Otra voz.*) “No importa, léeme.” Yo. Está bien, te leo. Dos puntos.

poema de King Kong número 20

a veces aparece un lagarto en el médano

un cuis, un sapo saliendo del escondite y yendo al campo,

escapando para que no lo vean

ver aparecer ese lagarto, cuis o sapo es algo que no se borra

como *no se me quita*¹ el color miel, color ámbar de tus ojos King Kong

el viento que bambolea tu cuerpo

la crecida del mar

no se me quita King Kong mirando al cielo

mirándome en tus ojos ya opacos

entre los pelos de tu cara

tus ojos de muñeco, de perro abandonado

1. La expresión en cursiva *no se me quita* alude a la entonces popular canción de Jacques Brel: *Ne me quitte pas*. (Nota de edición.)

tus ojos, a los que trepo

yo prefiero trepar a tus ojos, no a tus brazos musculosos

prefiero subir a tu mirada King Kong

donde me caigo

Tiempo.

(*Otra voz.*) “Ema, ¿cómo se llamaba esa canción?” Pregunta abuela. ¿Qué pasa, no te gustó el poema? Le digo. (*Otra voz.*) “Esa canción. Creo que se llamaba *Blanca y radiante*.” Dice. (*Otra voz.*) “*Blanca y radiante*.” No te gustó, le digo. (*Otra voz.*) “Ema, no escribas poemas.” Dice abuela Galia. Dice que no escriba poemas.

(*Otra voz.*) “Ay, Ema, ¿para qué escribir versos? No seas coqueta... Si para que una cosa sea linda tenés que mirar nomás. Y punto. Yo que vos no escribo. Y si escribo es para acordarme lo que tengo que comprar en el boliche. ¡No sabés el gusto que me da ver esa lista de compras, una cosa encima de otra! Esa lista de palabras. La miro tan contenta y pienso: ¡Qué suerte, ahora no tengo que acordarme todas esas palabras!”

Ah... Entonces yo también, Ema. ¡Yo escribo listas!

lista de cosas radiantes - luminosas

una: el arcoíris que hace el aceite de auto en los charcos de agua

dos: el color rojo fuego en las plumas del churrinche

tres: el hilo azul del yérsy de abuela Galia

cuatro: las escamas de pescado en las botas de los marineros

cinco: los caramelos envueltos con papel retorcido brillante

seis: ¡un colibrí en el aire!

Me pongo el jean gastado y vengo al arenal. Vengo a tirarle piedras a las olas.

Me paro en el barranco y tiro piedras. El agua salta alrededor. Las gotas en el aire como si fueran polvo flotando, rociándome la cara. Las babas del diablo me envuelven como si nada...

Ah, ¡inventé un juego, King Kong!

(Hablo con un King Kong imaginario.)

King Kong, te estoy hablando. Es un juego nuevo, mirá. Nos acostamos boca arriba así. Con los brazos y las piernas estiradas y miramos el cielo. El cielo arriba. Lo miramos y parece que el cielo se viene encima. Tenés que clavar mucho mucho la mirada. Vos y yo agarrándonos la mano. ¿Ves cómo se mueve todo lo demás? El pueblo gira. Las nubes se mueven pero están quietas pero se mueven.

(Qué calor.)

El año pasado el chico de capital me pidió un beso, creo. No sé qué dice cuando habla porque no alcanzo a entenderle. Pero el chico camina bien. Quiero decir que tiene buena postura. Me refiero a que es alto para su edad.

Si me besa voy a confesarme. Lo juro. Voy a hornear pan todos los días del año. Y nunca voy a dejar los platos sin fregar.

Emma mira el cuaderno.

Mi diario. Escribo con lápices de colores: Hoy llega la familia de capital.

Tardecita, cae viento. Las nubes, rebaños. Nadie. Quiero decir, ni siquiera hay personas. Hago tiempo.

¡Voy a mirar de arriba abajo al chico de capital cuando venga!

Emma silba.

Va para largo. Pronto pasa la hora.

Emma silba.

La perrita ladra y llega la gente de capital. Una mujer con pañuelo azul en la cabeza. ¿Mi tía...? ¿Que ayude con los bolsos? Les estoy contestando. Sí, desde luego. Les hablo. Hola, ¿se acuerdan de mí? Parece que no. Se acuerdan que la casa parecía más grande. Les digo: Soy Emma.

(Hay polvo en el aire y todas las personas estornudamos al mismo tiempo.)

El viaje duró diez horas, protestan. Dan besos y abrazan todo junto. La señora con el pañuelo me saluda dos veces como si fuera la primera vez. Debe ser mi tía. Soy Emma, ¿se acuerdan? Besos y abrazos que me alisan el pelo. ¿Y el chico de capital, no quiere saludarme? ¿Se olvidó que el año pasado me regaló un libro con tapas rojas y papel Biblia?

Las personas se sientan y se ponen a gastar saliva. (*Otra voz.*) “¡No saben las cosas que tenemos para contar!” Dicen que tienen cosas para contar. (*Otra voz.*) “El viaje, una tor tu ra. Tu tía se pasó el camino entero hablando.” Ah, es mi tía entonces. Y mi tío, dice: (*Otra voz.*) “No sé por qué no inventan la teletransportación. En Dolores llovió y no paró hasta que llegamos a Maipú. En esos lugares no se puede encontrar un baño.” ¿Y el chico de capital? Ni me mira. ¿Qué le pasa? Acá estoy. Ahora me ve, ahora no me ve. Parece que yo no fuera nada.

Abuela Galia. (*Otra voz.*) “¿Café, alguien quiere un café delicioso?” Abuela me ordena preparar cafecito, así le dice ella. (*Otra voz.*) “Vamos, ¡que estas personas necesitan algo sabroso!”

(*Otra voz.*) “¡Una aventura, nuestro viaje!” Sigue mi tío. Dice que venir de capital fue una aventura. (*Otra voz.*) “Tuvimos que traer a la abuela y la silla de ruedas de la abuela en el portaequipaje.” (*Otra voz.*) “¿Y el café? ¿Dónde está ese bendito café?” Abuela Galia me amenaza con el puño.

Yo en la cocina, me digo a mí. Y el bendito café, ¿en qué tazas lo vamos a servir? ¿En los cacharros que queman los labios cuando se tocan? ¿Y dónde van a sentarse a tomar su café, el cafecito que pide abuela Galia? ¿Dónde van a sentarse, en las sillas

de paja? ¿Y si alguien quiere leche, si alguien quiere cortar su café con un poco de crema cuajada? Entonces, ¿qué hacemos?

Me acerco trayendo la fuente del horno como si fuera una bandeja. Dicen: (*Otra voz.*) “¡Ay, qué alta está la nena! Pegó el estirón. El año pasado era casi un bebé. ¡Cómo crecen estas mocosas! Parece un pollo. ¡Es una señorita!”

(*Otra voz, interrumpe.*) “¡Oigan!” Grita alguien, alguien grita que oigamos. (*Otra voz.*) “¡Nos olvidamos a la abuela en el auto!” Y salen dejando las frases por la mitad.

Abuela Galia se retuerce las manos y hace un gesto con la cara. Abuela, que soñaba con volver a ver a estas personas, dice que ahora que las vio puede morir como una pastafrola.

Tiempo. El cielo mientras oscurece.

Noche. Me quedo con las manos colgando. Luciérnagas, pasan a mi lado. Los bichos de luz me rozan... A veces sueño que relumbro como una lucecita. Y después sueño que voy creciendo, creciendo. Y se hace de día.

Al mismo tiempo, vemos amanecer.

Sábado. Delante del calentador preparando los desayunos. Ronquidos en la casa. El rocío parece cuando en la confitería preparan torta glaseada.

El chico de capital asoma la cara. Se puso una remera de Superman. Le digo: “El hombre de acero”. Se lo digo para que sepa que yo sé. Y me responde: (*Otra voz.*) “¿Qué decís? Soy Superman.” Le explico: Superman, dos puntos, El hombre de acero. Dice: (*Otra voz.*) “Qué sueño - en el campo se duerme mejor - estás contenta que hayamos venido a quedarnos - voy a escalar los médanos.” Dice todas esas palabras de corrido. Y dice: (*Otra voz.*) “Vos no te parecés nada con Luisa Lane.” ¿Eh? Dice que no me parezco nada con Luisa Lane. (*Otra voz.*) “Te parecés a tu abuela. Sos como si tu abuela fuera joven. La hermana de tu abuela parecés. ¡Chau, me las tomo! Dejo abierto el mosquitero para que entre aire...” Y se va. La perrita ladra.

“Te parecés a tu abuela”, escribió en el aire.

“Te parecés a tu abuela.” Anoto esas palabras en mí.

Vemos el cielo de la tarde.

Y por la tarde.

Y por la tarde, nada. Limpiar y acomodar como siempre. Quedarme en la ventana. Allá, mi piedra de la suerte colgada en un hilo para mantener la casa a salvo. Acá, la perrita Pomi que se tira pedos, unos pedos amargos. Le guiño un ojo.

Desde mi pieza escucho pasar los trenes y sé la hora. La hora la sé por los trenes que pasan, un decir. También sé cuando los trenes llevan retraso, quince minutos, media hora. Soy buena para darme cuenta del reloj. Pero eso no tiene que ver con lo que estoy hablando.

Me quedo en la ventana. El borde tiene marcas de cuando fue durmiente en la vía del tren. El vidrio tiene la huella plateada de un caracol.

(Canturrea.) “Sóplame un beso, guíñame un ojo, / ponte celoso. / Ese es mi antojo. // Sóplame un beso, punchi punchi.”

No, cantar no canto. Una vez tarareaba una música y abuela Galia me preguntó por qué lloraba.

Cielo nocturno.

Noche. Liebre para cenar.

La familia de capital habla con la boca llena de liebre. Hablan como un cable enrollado, digo yo. ¡Qué dicen! ¿Qué...? Dicen que esta semana se llevan al robot King Kong.

Nota periodística:

King-Kong, el gigantesco gorila protagonista del recordado filme del productor Dino de Laurentis, que llegó a Buenos Aires a bordo del buque Jujuy II, de la Empresa Líneas Marítimas del Estado (ELMA).

King-Kong, cuyos ojos pestañean y giran hacia ambos lados, mueve las orejas y, cuando protagoniza escenas de terror, sus fosas nasales se dilatan.

King-Kong, el monstruo animatrónico será retirado del predio donde fue exhibido para beneficio de las familias.

Lo explican de pasada. Dicen que en una semana se llevan al King Kong de la feria. En una semana. Justo cuando se va la familia, cuando se vuelve a capital. Cuando llega el otoño, viene la Pascua y todo lo demás. El King Kong que trajeron de propaganda. Lo explica mi tío masticando, la voz pastosa.

El King Kong de verdad.

Vemos el cielo de la mañana.

La radio portátil pone la canción Cuando calienta el sol por Los hermanos Rigual.

Mi diario. Domingo 4.

Es otro día. Por la ventana, la niebla parece leche sólida.

(Leche sólida, qué risa.)

En la puerta está la perrita, la Pomi. Le guiño un ojo. La señora de capital sale de compras y le pide plata prestada a abuela Galia. Abuela parece asustada y explica que no tiene.

(La sangre de abuela Galia debe estar hirviendo alrededor del corazón.)

La señora capitalina se va. Abuela Galia grita: *(Otra voz.)* “No tenga miedo que la perrita no muerde. Tuvo gusanos en el paladar y le sacaron los dientes.” Pobrecita.

Ahora viene la abuela de capital. La abuela de capital camina despacio pero camina.

(Entonces, ¿por qué traen la silla de ruedas todos los años?)

Me ofrece monedas. (*Otra voz.*) “Unas monedas, nena.” Dice. “Unas cuantas monedas.” La abuela de capital pone unas monedas en la palma de mi mano y me obliga a cerrar el puño. Se agarra de mí como si yo fuera un manubrio. Me mira a los ojos con los ojos muy viejos. Dice que ella también fue novia. (*Otra voz.*) “Toda de blanco.”

Me pongo el jean gastado, lo volví un short con flequitos. La Pomi viene rengueando detrás hasta que se aburre y se queda en la casa. Le guiño un ojo.

Yo al sol. El mar suena como una puerta que abre y cierra. El chico de capital aparece untado en crema solar. Una tabla de telgopor colgando del brazo.

El chico de capital y yo.

(*Otra voz.*) “Y, vos que sos del campo.” Me dice que soy del campo, el chico dice esas cosas. (*Otra voz.*) “Vos que sos del campo.” No, no. Abuela Galia trabajó en el campo y el campo la dejó vieja, revieja.

La historia es larga. Ella se casó con un hombre que tomaba y se gastaba la plata en bebida. Entonces Galia se vino al pueblo. Y cuando mamá y papá, llamémosles, tuvieron el accidente en ruta o lo que haya pasado, abuela Galia me crió. Fin.

(*Otra voz.*) “¿Y es cierto que hay huevos de gallina con la yema negra?” Pregunta el chico. (*Otra voz.*) “¿Y es verdad que hay peones que duermen con las ovejas?” Le digo que no. (*Otra voz.*) “Pero tu abuela sí trabaja en el campo.” Repite que mi abuela trabaja en el campo y ya se lo expliqué. Yo pienso que la inteligencia del chico anda medio árida. (*Otra voz.*) “¿Y qué cosecha?” Pregunta. No, mi abuela no cultiva nada. (*Otra voz.*) “Ah.” Dice ah y paramos.

Más tarde. Le regalo un vidrio verde, lamido y relamido por el mar. Lo mira y dice: (*Otra voz.*) “¿Un vidrio?” Sí. Tiene forma de almendra pero es verde, le digo. No contesta. (*Otra voz.*) “Ah, a ver. Esperá.” Dice. Mete la mano en el bolsillo y muestra los dos puños cerrados. (*Otra voz.*) “¡Elegí!” Dice.

Por un lado del puño, asoma el mango de una cuchara. Yo como tonta, elijo esa mano. El chico abre los dedos y muestra. Es una de las cucharas de té de la casa. Abre la mano como un paquete de regalo. (*Lo hace.*) (*Otra voz.*) “Para vos.” Dice. Dice que es para mí. La toco, la cuchara está caliente.

La cuchara es símbolo del amor, pienso. No importa que me acuerde dónde la compré yo misma. La cuchara salió de su mano como un regalo para mí. El chico dijo “es para vos”. ¡El chico me quiere!

¿Dijo chau? ¿Dijo siempre? ¿Dijo nos vemos mañana en el mismo lugar?

Vemos el cielo magenta del atardecer.

Me alegro llegando a casa. Hay tantas cosas en el camino. Voy caminando y siento que podría ser Ema o cualquier otra cosa. Levanto una piedra y tengo exactamente la forma de esa piedra. ¡Es increíble que pueda volver a casa siendo yo misma! Es casi imposible no haberme convertido en planta, en arena, en caracol.

En la puerta de casa, la cara tristonada de abuela Galia me hace imaginar a mí, vieja. Le guiño un ojo a la Pomi para ponerla contenta. Abuela me puso Ema por el nombre de una perrita anterior que apreciaba mucho.

Y en cuanto piso la galería, Abuela me pide que traiga el yérsy colgado atrás de la puerta. (*Otra voz.*) “Por el rocío.” Dice abuela que está bajando el rocío.

Voy a buscar el yérsy y vengo con el yérsy.

(*Otra voz.*) “Querida.” Me dijo querida, sonamos. Querida. Me lo dice a mí. (*Otra voz.*) “Querida, te vengo viendo. Las muchachas deben cuidar su decencia. Porque nada molesta más que una joven sin recato.”

(En esta parte bostezo.)

Abuela sigue. (*Otra voz.*) “Cuando te veo volver de la playa, caminando a lo largo del alambre caído. Cuando volvé de bañarte en el mar, te pido: Cubrite el cuerpo con un yérsy, no sé. No me gusta que te vean y piensen que andás mostrando. Y nunca dejes que te besen.”

(¡Pero es que yo tengo muchos besos, abuela! No lo digo.)

Esto tampoco lo digo pero el año pasado el chico de capital me pidió un beso, creo. Creo porque habla pero no sé bien qué dice. (*Canturrea.*) “Con tus besos, me estremezco, / Oh, oh, oh...”

Abuela dice: (*Otra voz.*) “A veces hay que guardar el caballo en el corral. ¿Entendés, Ema?” ¿Qué? (*Otra voz.*) “A veces hay que guardar el caballo en el corral.” ¡Vieja verde! (*Otra voz.*) “Ahora volvé dentro de la casa y prepará el café.” ¿Atendieron a eso? El caballo en el corral. ¡Vieja guaranga!

(*Otra voz.*) “¡Acercá la silla a la mesa!” Grita mi abuela. (*Otra voz.*) “¡Poné el mantel clarito! El que está en el cajón debajo de la escalera.” Le digo: ¡Ahí voy!

Abro paréntesis. La familia va a la playa y no hace nada. Abuela y yo preparamos el desayuno, el almuerzo, la merienda, la cena. Todo. Si una canilla gotea, no la arreglan. Si pierde el tanque, no cambian el flotador. No amasan ni saben hornear pan. ¡No aprendieron a hervir un huevo! Llevan galletitas a la cama y usan repelente que no deja respirar.

Leen novelas llamadas *Coma*, *El triángulo de las Bermudas*, *Papillon*, *La profecía*. Las ojean y las dejan tiradas. Yo las llevo en mi bolsa de lona. Intenté descifrarlas. En una, hay un preso que trata de escapar todo el libro. En otra, la gente desaparece y los ovnis se la llevan. En la tercera hay personas escondidas que no están ni vivas ni muertas. Y en la última hay una chica poseída. Yo me equivocaba y leía “posesida” en lugar de poseída y me gustaba.

(Posida, qué palabra.)

Abuela Galia a veces lee un libro de Lenin para aliviarse cuando el dolor de riñones la está matando. (*Otra voz.*) “¿Y el café? ¿Cuándo va a estar ese bendito café?” Como dije, hay que limpiar y acomodar algo siempre.

Después de la cena. La familia de capital no se explica de dónde sacamos el dinero. (*Otra voz.*) “Pero, ¿cómo hacen para vivir?” Preguntan. “Hay una cosa llamada inflación, ¿la conocen?”

(No saben de dónde sacamos el dinero. De arreglar sillones. Sí. Dedos amarillos y callos por todas las manos. ¡Abuela Galia es un ángel con la aguja tapicera! Esto no lo digo, pero lo apunto mentalmente.)

La conversación termina sin postre.

Lo que sigue, lo podía anticipar cualquiera menos yo. Ahora resulta que no encuentran sus ahorros. Empiezan a revisar cajones y dicen que faltan. (*Otra voz.*) “Van a tener que aparecer. ¿Dónde están?” Pregunta mi tía postiza. Su voz parece un abejorro metido en un frasco. Media hora después, resulta que la abuela de capital había escondido los billetes en la silla de ruedas. Carajo.

Todo parece color ámbar.

Se escucha el canto de las chicharras.

Dos de la tarde. Siesta. Las personas mayores están en otro planeta.

Entro al comedor. En el comedor armamos el catre para el chico de capital. Ya no duerme con los padres, así descansa mejor el cuerpo.

Puse el catre en el lugar exacto. Un centímetro hacia la ventana, la cortina molesta. Un centímetro al centro, queda poco espacio. Puse el catre en su justo lugar, como si alguien cantara una nota afinada.

Hola. Hoy te vi en la playa con el plato volador, el de plástico. Le digo. (*Otra voz.*) “Fris-bi.” Me dice. Ah, sí. Respondo. Vos no te pareces a tu papá. Le digo. (*Pausa.*) ¿Y por qué tenés flequillo largo y el pelo corto en la nuca? Pregunto. (*Otra voz.*) “Porque se usa así.” Contesta.

(*Otra voz.*) “Tengo novia en la capital, en un club al que voy. Quedé en escribirle cartas.” Dice que tiene novia en capital y que la novia le pregunta qué hace todos los días en este lugar de mierda. Yo no presto atención a lo que dice y me siento al borde del catre. Es una declaración.

El chico pregunta. (*Otra voz.*) “¿Vos dónde estudiás?” Me pregunta dónde estudio. Y yo me digo: ¿Hablar del secundario es lo único que podemos hacer? Le contesto: Estudio en la Escuela 9. La número 9, sí. Queda al lado del barrio Colinalegre, Colinalegre se llama el barrio.

El chico me pregunta si quiero ir de compras más tarde. ¿Ir de compras? ¿Me está embromando? ¿Le digo si necesito cubrecama y vuelvo a mi pieza!

El lugar se oscurece y enseguida todo parece color ámbar.

Dos de la tarde. Las tablas del suelo se doblan bajo mis pies. Me da miedo como si nos fuera a caer una desgracia encima. Mi barriga hace ruido porque tengo gases. Pregunto: ¿Estás despierto? Dice que sí. Estás destapado, le digo. (*Otra voz.*) “Me llamo Walter.” Dice. Sí, ya sé. Le digo. Me dice: “Mi nombre es Walter Claudio Rosen. Chau, voy a dormir.” ¿Chau? ¿Me está tomando el pelo? ¿Salgo con las manos en la cabeza!

El lugar se oscurece y enseguida todo se vuelve ámbar.

Dos de la tarde. La tripa me hace ruido. Pero esta vez antes de llegar al comedor, descubro que no lo quiero. No lo quiero y saberlo me hace sentir mejor.

Tengo una idea: Pedirle que nos acostemos juntos sin movernos. Le pido que nos acostemos juntos sin movernos. Te pido, ¿dale? Sin respirar. No vale tocarse porque pierde gracia. Tenés que aguantar y contar hasta mil... Después de una bandada de tiempo suelto mi pelo, mi largo pelo largo. Me desato.

Mi primo.

Empiezo a rozarlo. Toco y no puedo dejar de tocar. Guaranga yo. Le pido que me caricee las tetas. Cariciame, le muestro. Una hojita que tiembla soy. Acercate, apretame. ¡Vas a ver que las chicharras se quedan calladas!

Entonces entra una luz por la cortina y nos vemos. Me mira. Walter se ve distinto, parece alguien que no sabe dónde está. Se sienta y se frota los ojos. (*Otra voz.*) “Sos una chica seria. Novia, ya tengo. Encontré la horma de mi zapato. ¿Entendés?”

Carajo. Debo haber sentido mal lo que sentí. Debo haber sabido mal lo que supe. Soy ignorante como una gallina. Estoy asqueada. ¡Siento mucha repugnancia de mí!

Diapositiva casera.

Vemos la foto de una familia posando hacia la cámara, sonriendo frente a unos bloques de escenografía. Detrás, el robot King Kong está de pie, tiene esposas y cadenas en las manos. Los bordes de su boca apuntan hacia abajo, mostrando los dientes afilados.

El cielo por la tarde.

Domingo 18 de febrero. Los días son cada vez más cortos.

Abuela y yo en el predio. Acá mostraban a King Kong. “La Octava Maravilla.” Ahora le están sacando partes, lo hacen pedazos. La cabeza en un semirremolque, el pecho en otro lado. El resto, en contenedores que trajeron ayer.

Abuela y yo, lado a lado, parecemos pollos en fila.

El sol raja la tierra. Motores, olor a metal. Abuela pasa una mano abierta secándome la frente. Nudillos chuecos, dedos con cicatrices. ¿Cuándo terminan? Pregunto. ¿Qué hora es, abuela? Háblame. Un cuento, aunque sea. (*Otra voz.*) “¿Qué pasa con el chico de la capital?” Pregunta abuela. Nada. Es mi primo, digo. (*Otra voz.*) “Él no es tu primo. Nosotras tenemos otro pelaje.”

(Pelaje. Pienso en los mechones de King Kong.)

Abuela, si vieras lo amargada que estoy. No lo digo, lo mastico por dentro. Abuela pasa otra mano abierta secándome la frente. Me hago chiquita... (*Otra voz.*) “Vamos a casa, Ema. ¿Viste cuando te mandaban a borrar el pizarrón en la escuela? Bueno, es como si hubieras borrado el pizarrón y ahora podés escribir todo de nuevo.”

Ahora podés escribir todo de nuevo.

último poema de King Kong

King Kong,
cuando te conocí yo era un bebé
una nena en mi cuerpo,
escondida debajo de la escalera leyendo un libro
y cuando no me gustaba el libro, arrancaba las páginas
y se las daba de comer al mar,
engordando los peces
yo quería salir de esta vida
venir al médano, al sol
donde el viento es tan fuerte que no se escucha ni lo que se piensa,
sentir tu piel pastosa, tu olor a cuero de oveja --

Hasta ahí llegué escribiendo.

Vemos el cielo por la mañana.

Hoy se van. El chico de capital regresa a su mundo. Puede que nunca más veamos a estas personas. Le agarré cariño a la abuela de capital, ella tiene una niña dentro. Igual que yo. Le doy un abrazo apretado y sin mentiras.

Afuera el viento derriba los árboles. Adentro apilan bolsos de colores. Viento, ¡qué hice para que soples tanto sin parar!

(*Otra voz.*) “¡Me mordió!” Dice mi tía postiza. (*Otra voz.*) “¡Me mordió el brazo!” Grita. (*Otra voz.*) “Si nuestra perra no tiene dientes.” Dice abuela Galia. (*Otra voz.*) “¡Señora, me mordió el brazo esa chica suya! ¡Ema...!” No pude contenerme.

La familia de capital nos da palmaditas. Besos de despedida. Mucha ternura, ternura mantecosa. Desaparecen en el auto y se borran. Chau. No sabremos más nada.

Allá, mi piedra de la suerte colgada en un hilo para mantener la casa a salvo. Acá, en el borde de mi ventana, una carta...

“Chau, Emita. Te dejo cerca de tu playa y de tus gaviotas. Gracias por recibirnos. El otro día vi el faro en la punta del médano y pensé que vos también sos una luz que no deja estrellar a los barcos, aunque no lo sepas. Cuidate mucho. Vos no estás sola. Nos vemos el próximo año. Walter Claudio Rosen”

Demasiado tarde, Ema sale a la galería y agita su pañuelo para saludar a la familia que ya se marchó.

Un cielo pálido, faltan los colores tibios.

Me gustaría que esto que digo tenga olor a hierba gatera. Le dicen hierba gatera porque la comen los gatos. Los gatos fieros, los que no tienen casa. Es una menta y crece en la zanja. El olor a hierba gatera es hermoso.

Cada día es un poco distinto y eso distinto es todo. Miro por la ventana y escucho los trenes. Así vivimos. Abuela Galia y yo.

Abuela limpia las hojas en la entrada de casa. Por un momento se queda quieta como si no supiera dónde está. Parece ida.

Marzo, abril, mayo. Cuando llegan estos meses parece que siempre fue otoño. No sé la fecha para escribir en el diario porque no tengo pila para escuchar la radio.

Abuela se sienta en la galería y acaricia a la Pomi dormida. (*Otra voz.*) “Necesitamos un techo nuevo.” Dice. (*Otra voz.*) “Así no nos aguamos cada vez que caen dos gotas. Cuanto antes arreglemos las cosas, antes diremos que esto ya pasó.”

Hay que ocuparse de la casa.

adiós mi diario personal

adiós caramelos envueltos con papel brillante

adiós piedras de la playa

adiós canciones de la radio

adiós novelas olvidadas en los médanos

adiós

Ahora tengo mis cosas en orden. Trabajo en la biblioteca regional. La biblioteca está abierta martes y viernes. El resto, trabajo en el supermercado. Aprendí a separar mis sentimientos de mi vida.

Cuando era chica pensaba que escribir ayudaba. Que podía protegerme, darme un lugar para esconderme. Después entendí que con palabras no se hace mucho. Escribir versos no alcanza para comer.

Cuando hace frío pongo leña y me acuerdo de antes.

Una vez que nevó y estaba todo blanco. El estribillo de una canción. Ese chico con flequillo largo y el pelo corto en la nuca. Walter, se llamaba. Después, no supe nada. Falta la foto. Una cartita que me escribió. El King Kong mecánico.

Antes pensaba que debía tener otra familia en otra parte. Yo, Ema Algo. Una familia que me extrañaba y me estaba buscando.

Mi vida.

Ahora hago listas pero ya no escribo. No escribo, no soy así. No soy la misma de antes. Ustedes entienden. Trabajar en la biblioteca no significa que haya vuelto a escribir. Necesito la plata. Antes fingía que todo era alegre y maravilloso... Pero como dije, soy otra. Trabajo en la biblioteca y el resto de los días en el supermercado.

(Ya lo dije.)

Lo único que tengo para decir es que el pasado pasó. El futuro es un novio, uno que cacarea y no puso el huevo. Lo único que hay es lo que hay ahora. La casa no se la llevó el viento. La ventana, donde estubo siempre. El farol encima de la puerta. Y eso es todo lo que tengo para decir.

Sí, a veces suena el teléfono pero no atendemos.

Un día se nos fue la Pomi y no tuve a nadie que me diga guau cuando hace frío. Quedó abuela Galia, que todavía me conoce y me sigue llamando por mi nombre.

Me da risa la lista de las compras de abuela Galia. Uno: papas. Dos: una leche. Tres: sardinas en aceite. Cuatro: arroz. Cinco: saludar a la gente del boliche.

(Saludar a la gente del boliche. ¡Me lo dice a mí! Es tremenda.)

Abuela se queda más tiempo acostada en la cama. ¿Querés que remendemos ropa? Cuanto antes arreglemos las cosas, le digo. (*Otra voz.*) “Vamos a ver.” Se ríe. “Todo esto va a cambiar el día que salga una ballena y te giñe el ojo.” Dice y se vuelve hacia adentro.

El pelo se le volvió blanco de la noche a la mañana. El pelo más blanco y radiante que hayamos visto.

Abuela tiene cataratas y dice que tiene nieve en los ojos. ¿Qué pasa, abuela? ¿Te pusiste finoli? ¡Nieve en los ojos! ¿Te parece ahora, andar hablando presumido? Nieve en los ojos. ¡Mi abuela escribe versos!

Ya no logra que sus manos dejen de temblar.

Bajo esta luz, abuela parece más limpia. Limpia de la mugre que acumulamos en las orejas y en las rodillas. Abuela parece casi transparente.

¿Estás bien, Galia? Pregunto. (*Otra voz.*) “Me doy cuenta que pasó mucho tiempo.” Dice. “Y yo, ¿dónde estaba yo?” Se calla.

Para mantenerla distraída hago una lista con temas de conversación. (*Lee.*) El precio de la garrafa de gas. La avioneta que hace propaganda. La cerveza caliente. El jerez, el oporto, la ginebra que prefiere Galia. Esa caña con ruda macho que prefiero yo. La cuenta de electricidad que nos están cobrando. Carajo. La madera que venden como si fuera quebracho. La ropa nueva para hacer “aerobismo”. ¿Qué es mejor, la sogá de yute o la tripa de chanco trenzada y secada al sol? ¿Cómo hacer una funda de cartón para el hacha? ¿Cómo preparar bien el café? ¿Cómo cocinar una buena torta borracha? Los accidentes en ruta. Los supermercados chinos. Las caras de parientes que ya no recordamos.

Yo hago que sí a todo, como los chihuahuas de juguete que mueven la cabeza con un resorte. Galia dice: “Esto va a cambiar el día que salga una ballena y te giñe el ojo.” Dice y se ríe y las vigas de la casa se contraen.

Tiene la piel gris. Eso que pasa cuando la gente se enferma.

Galia se rompió la cadera esta primavera.

Un martes. Se nos fue. La encontré en el sofá cuando volví de la biblioteca. Toqué su frente. Lo siento mucho, Galia, dije. Eras la mujer más amada del mundo. Me senté y abrí una cerveza.

Enma se pone el yérsy que era de Galia.

Ahora.

Es enero. Voy por el sendero que lleva al mar. Salgo a respirar y el aire me despierta. No tengo nada más que hacer. Camino torcida como esos barcos que todavía andan a flote, medio desviados. Y empiezo a bajar.

Enma camina un poco.

El camino se convierte en arena. Manadas de mosquitos alrededor. Y cincuenta metros por ahí, calculo. Por ahí. Una aleta que brilla... Sí. Una ballena. Una ballena se asoma fuera del agua y se muestra. Una ballena me guiña un ojo. Me hace un guiño y el ojo desaparece bajo el párpado. Me guiña un ojo para alegrarme.

El lugar se llena de colores espesos.

¡Necesito mi cuaderno!

Enma corre a buscar sus papeles. Abraza los cuadernos contra su cuerpo.

Escribo mientras hablo.

Ninguna ballena canta en la ventana de mi casa, pero hay una ballena en mi corazón. A veces monto su espalda y viajamos. Otras veces viene y le doy de comer algas de mi mano. Es una ballena de verdad, no es como las personas reales ni como la vida real. Es de verdad y está hecha de espuma. ¿La ven? Se nota que se ríe porque levanta la cola.

La alegría hoy volvió a casa. Escribo.

Yo digo que la poesía me ayudó a vivir con la realidad. Me ayudó a abrir y cerrar la puerta todos los días. Me ayudó para poner algo justo en medio entre mis fantasías y yo.

Todo lo que escribí vino de la playa. Vino de la abuela Galia, vino de la perrita Pomi, vino de Walter el chico de la capital, vino del gigante King Kong.

Escribo desde los doce, quince años. Hubo un tiempo en que los días eran difíciles y la poesía no podía salvarme porque me había rendido. Una mañana volvió y desde entonces los días duraron para siempre.

Cuando estoy triste vengo a la playa y silbo para que aparezca mi ballena. Soy como ella. Hay en mí un verano invencible.²

Cielo de colores atiborrados.

2. La inefable Moira Soto advierte que la oración final de nuestra obra pertenece al libro *Los veranos* de Albert Camus. ¿Enma lo habrá leído entre los médanos? Hacemos en esta nota el merecido reconocimiento. (Nota de edición.)

